

*En el centenario
de su nacimiento*



Vieja escena de lavadero, 1948-54, óleo

BASIANO, EL PINTOR DE NAVARRA

JOSE M.ª MURUZABAL DEL SOLAR

Formado artísticamente en Bilbao, Madrid y Roma, se reintegró, ya adulto, a sus raíces navarras, para convertirse en el más fervoroso exponente de la naturaleza y el paisaje del viejo Reino



La calle Chapitela con nieve,
del año 1945. Oleo sobre cartón

EL arte navarro, no demasiado pródigo en pintores contemporáneos que puedan competir a nivel nacional, celebra este año el centenario del nacimiento de uno de sus nombres más conocidos e importantes, el pintor Basiano. La efemérides no ha pasado inadvertida dado que, desde hace unos cinco años, se lleva investigando y catalogando la obra del pintor¹, fruto de lo cual son las dos exposiciones retrospectivas que se han celebrado en los años 1987 y 88 en Pamplona, organizadas por la Institución Príncipe de Viana del Gobierno de Navarra. Para el presente 1989 se está preparando la publicación de una magnífica monografía sobre el pintor², además de una exposición antológica de su etapa pamplonesa, coincidiendo con la fecha del centenario.

Jesús Basiano Martínez Pérez nace el 9 de diciembre de 1889 en la localidad navarra de Murchante, muy cerca de Tudela. Su nacimiento en este lugar, como hijo de gentes campesinas, toscas y nobles, marca fuertemente el carácter del pintor. Hasta principios de siglo su vida transcurre en Murchante, sin contacto alguno con el arte, aunque poco después su familia se trasladará a Bilbao, lo que cambiará en gran medida su futuro. En la capital vizcaína comenzará su aprendizaje artístico, completando tres etapas a lo largo de quince años. En su primera estancia vizcaína estudiará en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao; posteriormente, entre 1912 y 15, lo hará en la Escuela de San Fernando de Madrid con una beca de la Diputación Foral de Navarra y finalmente, entre 1915 y 16, en Roma, pen-

sionado nuevamente por la Diputación, para estudiar el arte clásico.

El provecho que obtuvo Basiano de todo ello es muy discutible, aunque no se puede negar que gozó de una formación sólida. Lo primordial en las obras del navarro, aquello que las hace vivas, recias y jugosas, es su instinto y eso no lo aprendió en ninguna escuela. Entre 1917 y 25 establece su residencia en Durango y entra en contacto, a través de la Asociación de Artistas Vascos de Bilbao, con toda la pléyade de pintores que allí se concentraba, tales como M. Losada, los Zubiaurre, Maeztu, Echevarría, etc. Ya antes, durante su primera estancia vizcaína, había conocido directamente a Daríos de Regoyos, quedando lógicamente prendado de los paisajes de aquel gran maestro. Su segunda estancia vizcaína, o etapa duranguesa, concluye en 1925 con la primera aparición en Madrid, en la sala Nancy. Bernardino de Pantorba comentaba al respecto: «Cuerpo fornido, piel curtida al sol y al viento, voz fuertemente timbrada, redonda boina, pantalón de pana y recias botas... Da la mano con nobleza ruda y habla con franca sencillez. Buen ejemplar navarro. Carece de esas finuras solapadas, de esas hipócritas sonrisas, de esas aduladoras cortesías que andan, brujuleando, por el mercado artístico de Madrid»³.

Tras esta exposición, el «durangués de Murchante», como le llamará Llano Gorostiza⁴, cuando sus éxitos y exposiciones le estaban creando un nombre y una popularidad, abandonará todo ello y se trasladará a vivir a Pamplona, de donde ya no se moverá. Será su gran etapa pamplonesa, entre 1925 y 1966, fecha de su fallecimiento. De todos esos años no se puede destacar mucho. Todo se resume en una labor de pintar cuadro tras cuadro, de recorrer una y mil veces toda la geografía de Navarra y de exponer su-



cesivamente en Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Zaragoza y Pamplona. Su relación con los habitantes de Pamplona fue la derivada de su oficio; el observarle ir a pintar en su bicicleta cargada de telas, pinturas y caballetes, el volver, acompañado ya de sus hijos, en su célebre biscouter pintado de color amarillo, su café en la Plaza del Castillo, la venta de sus obras en la peluquería del casino principal o en un bar conocido por todos. Eso fue su vida.

Durante la post-guerra le tocó padecer las penalidades derivadas de su oficio, aunque, a pesar de todo, logró vivir de su arte. Su «gramática parda», tan famosa en Pamplona, era auténtica necesidad para justificar el precio de sus cuadros, al margen del valor artístico que pudieran tener. En 1940 contrajo matrimonio, lo que cambió bastante su vida, fruto del cual serán sus dos hijos, Jaime y Javier Basiano, también pintores. En los años cincuenta gozó de enorme reputación en su tierra, viviendo relativamente bien gracias a las considerables ventas

que realizaba. Fue llamado «el pintor de Navarra», ya que, como decía su amigo, el conocido escritor José M.^a Iribarren, «nadie como él ha sabido captar la subyugante variedad del paisaje de nuestro viejo Reino... Basiano es el pintor por excelencia de Navarra. De sus aldeas, sus torres, de sus sotos y bosques, de sus montes y sierras»⁵.

Concurrió con su obra en innumerables ocasiones a las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, entre 1917 y 1957. En la de 1929, la Internacional de Barcelona, obtuvo un diploma de primera clase por su obra «Tejados y torres de San Cernín» y en 1943 otra interpretación del mismo tema le valió una tercera medalla. Dos veces más se presentará en Madrid, en 1933 en el Círculo de Bellas Artes y otra, en 1955, ahora empujado por sus amigos, en la sala Toisón, con una magnífica muestra de 50 obras. Sus exposiciones pasan de las ochenta, entre muestras individuales y colectivas, y su obra, fecundísima, que seguramente pasará de 3.500 cuadros, se

halla dispersa en infinidad de colecciones particulares de Navarra y el País Vasco, especialmente. El artista falleció el 23 de marzo de 1966, en su domicilio pamplonés, dedicándole el Ayuntamiento de Pamplona una calle en la capital navarra en 1970.

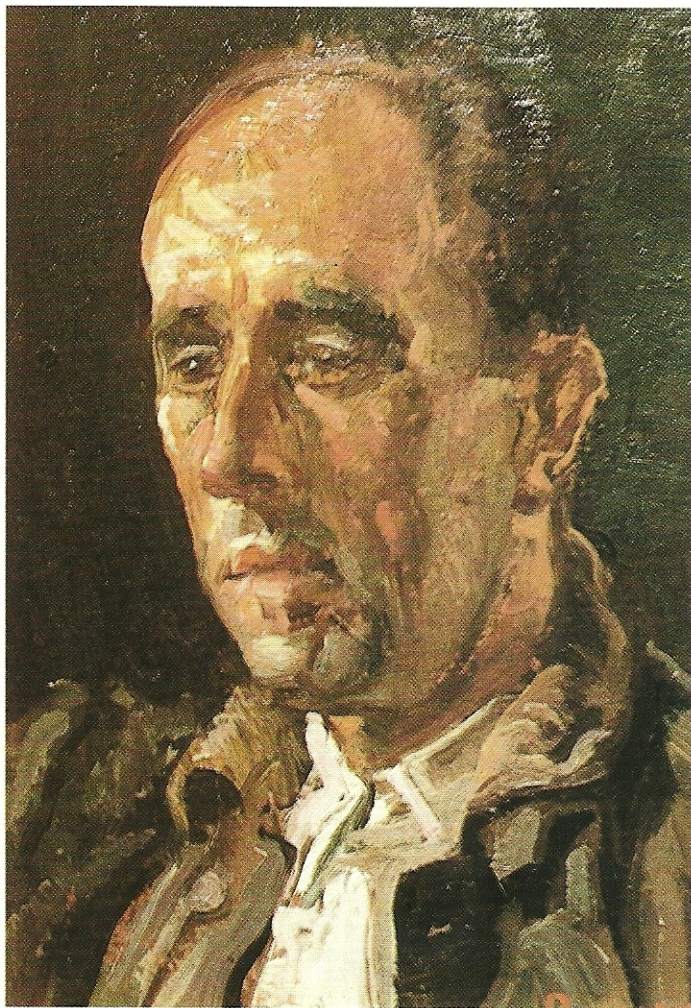
Los temas que presenta su obra son fundamentalmente paisajes, aunque existen también temas de interiores y cuadros de figura. Los paisajes, que le dieron la reputación de buen pintor, representan más del 80 % de su producción. El paisaje era para él algo propio, íntimo, un deleite personal. Pintó al natural, soportando el frío o el calor. En ellos se reflejan todos los rincones posibles de Navarra, desde las calles de su capital, hasta el último caserío perdido en el Pirineo. Entre sus temas más familiares será preciso destacar las orillas del río Arga a su paso por Pamplona, la Catedral o las vistas de esta ciudad, de Estella y sus alrededores, Burguete, Yesa o Isaba. Otros, principalmente de sus primeros años, son temas vascos, de

toda la costa, de Fuenterrabia, Durango, de los Altos Hornos, etc. Entre sus interiores, ejecutados especialmente durante su etapa duranguesa, son destacables las «iglesias aldeanas» que llamaba él, olvidadas ermitas e iglesias rurales, oscuras, melancólicas, con blancas paredes encaladas y velas que iluminan el rezo de las abuelas. Ejemplos espléndidos son Sansalbatore de Lesca, San Pedro de Tavira o San Fausto de Durango.

Jesús Basiano entenderá en arte, como expresión de la naturaleza, una expresión íntima, sentida y personal. Vivió con la naturaleza y se identificó plenamente con el paisaje, con la poesía que desprendía cualquier lugar, por recóndito y perdido que fuera. Sus notas más destacadas serán el realismo, la sinceridad, la espontaneidad y la honradez. Entendía que la naturaleza era suficientemente bella como para no tener que recurrir a artificios extraños. De esta manera, era preciso plasmarla con el mayor realismo posible. Y esto ocasionó innumerables comentarios sobre la manera de pintar de Basiano; que si los postes telefónicos en el centro de un espléndido atardecer, que si un tractor rojo en medio de un delicioso caserío del Pirineo navarro o que si un autobús urbano atravesando un puente medieval sobre el Arga. Todas estas peculiaridades forman parte inseparable de la manera de hacer de Jesús Basiano.

Los elementos que más llaman la atención en su obra son, sin lugar a dudas, la luz y el color. Sin ellos, la obra de Basiano perdería su razón de ser, su viveza y su fuerza. Interpretaba los temas del paisaje por su sentido del color, con una capacidad especial para distinguir y plasmar las diferentes gamas de un mismo color. José Javier Uranga, amigo y conocedor del pintor, escribía al respecto: «Su retina para captar las tonalidades y los colores era un don natural que muy pocos lo han tenido en tan alto grado. Pero no era un artista; para ser un artista hay que saber mentir, disimular lo feo de la naturaleza, componer. Jamás se prestó Basiano a componendas»⁶. Dentro de su obra no existe una preferencia colorística demasiado diferenciada. Fue capaz de hacer

*En la otra página,
Arboles por Cizur*



Retrato de Juan Martiñena, 1948. Oleo sobre cartón

frente a situaciones muy dispares; interpretaba con enorme vigor y capacidad los paisajes fuertes de luz ardiente que existen en la zona media o en el sur de Navarra, al igual que sabía expresar con dulzura las ondulantes suavidades del paisaje de los valles norteños. En la catalogación aparece que hemos llevado a cabo de la obra prácticamente de todo, paisajes bravíos y encendidos, panoramas nebulosos donde no se insinúan más que siluetas, claustros y motivos arquitectónicos atrayentes por el colorido poético de sus históricas piedras, pinturas de ocre y violetas otoñales, nevadas excepcionales, etc.

Si es preciso destacar algún color nos quedamos con los amarillos, los rojizos y los verdes. Unos amarillos recios, luminosos y encendidos por la acción de la luz solar, tonalidades de amarillentos rojizos en montañas y roquedos, amarillos delicados de árboles otoñales. Y también verdes, con una amplísima gama, desde los verdes primaverales hasta llegar a otros que van modificándose paula-

tinamente por la acción del otoño. Respecto de la luz, una variedad absoluta. Luces diferentes pero empleadas con gran acierto y maestría, tanto exteriores, de pleno sol o atardeceres, como luces artificiales de interiores. Joaquín de Iturbide, en un magnífico artículo comentaba: «Pero su obsesión, su angustia, fue siempre la luz, esa luz fugitiva, imprecisa, difícil, que deja prendida en el lienzo sin rehusar jamás sus dificultades... Ya pinte un interior de iglesia con sus paredes encaladas o un trigal rutilante de luz, un día de nieve o unas viejas paredes desconchadas, todos sus cuadros tienen su ambiente, su luz, su color, su atmósfera»⁷.

El tiempo juega también un papel muy importante en su producción. El artista quiere captar, y por ello transmitir, el estado particular de un lugar determinado, atrayente para él, en un momento preciso y en unas circunstancias determinadas. La naturaleza no es estática o inmutable y así la representará en su obra, muy al modo impresionista.



Mercado de Estella, de 1950-55. Oleo sobre tabla

Muchos cuadros presentan idéntica visión de un paisaje, tomada desde el mismo lugar, aunque en ellos cambia la estación, cambia en definitiva el tiempo. Su producción está ejecutada siempre al óleo, con una metodología de pintura directa, del natural, con una pincelada variada que en ocasiones se presenta amplia y sintética, pero que en otras es simplemente insinuada, refinada o de verdadero puntillismo. La obra

del artista gozó, además, de enorme reputación en Navarra, creando una auténtica escuela de compradores de arte que demandaban paisajes «a lo Basiano».

El principal problema que presenta Basiano es un relativo desconocimiento sobre su obra, que ha permanecido recluida en las colecciones particulares.

Esta circunstancia no ayuda a valorarlo en su justa medida, porque,

en definitiva, Jesús Basiano fue un hombre sencillo, ingenuo a primera vista, suspicaz, realista y espontáneo. Su forma de comunicarse no fue otra que por medio de la pintura y el color. Puede ser que su vida no dé mucho de sí en cuanto a acontecimientos destacados se refiere, pero no cabe ninguna duda que sí lo da en cuanto a lo que de verdad era el centro de su existencia, el arte de la pintura.

NOTAS

¹ El estudio y catalogación fue inicialmente una memoria de licenciatura en la Universidad de Navarra, que posteriormente se amplió y profundizó hasta llegar al número de mil obras perfectamente localizadas y catalogadas.

² La monografía se titula *Basiano, el Pintor de Navarra*, está escrita por el autor de este artículo, José M.^a Muruzábal, y saldrá a la luz en edición de la Caja de Ahorros Municipal de Pamplona.

³ PANTORBA, B. de *Artistas Vascos*. Biblioteca Ascasisbar, III. Ed. Zoila Ascasisbar. Madrid, 1929. Pag. 215.

⁴ LLANO GOROSTIZA, M. «Basiano, el durangués de Murchante», en *El Correo Español-El Pueblo Vasco*. San Sebastián, 5 abril 1966.

⁵ IRIBARREN, J. M.^a «Basiano, el pintor de Navarra», en *Pregón*, Pamplona, Invierno 1966.

⁶ URANGA SANTESTEBAN, J. J. «Basiano: nuestro pintor floral», en *Diario de Navarra*. Pamplona, 24 Marzo 1966.

⁷ ITURBIDE, J. de. «Perfil de Jesús Basiano Martínez», en *Calendario Banco Guipuzcoano*. San Sebastián, 1981.